

BIBLIOGRAFÍA

JESÚS BALLESTEROS, *Ecologismo personalista*. Tecnos. Madrid 1995. 120 páginas.

Es indudable que uno de los tópicos que más se presta para el desvarío y el dislate es el del ecologismo: desde los derechos de las rocas al ecologismo feminista, pasando por la *deep ecology*, una pléyade de autores, sobre todo anglosajones, se han dedicado a divagar sobre el hombre y la naturaleza, sin vinculación alguna con la realidad de las cosas y dejando a un lado absolutamente todo sentido común. Es por ello una grata sorpresa la que nos depara la lectura del libro de Jesús Ballesteros, donde se encara la temática de la crisis ecológica con brevedad, profundidad y sensatez.

El libro comienza con la descripción de las tres corrientes en que se puede dividir la consideración del hombre y de sus relaciones con la naturaleza: en primer lugar, el antropocentrismo tecnocrático, factura del pensamiento moderno, para el cual la naturaleza es mera materia (*res extensa*, la llamaba Descartes), objetivable y manipulable a voluntad por el hombre; éste es el señor despótico de la naturaleza, que la utiliza conforme a criterios instrumentales y utilitarios; parte de la base de la infinitud de los recursos naturales y confía, conforme al optimismo progresista propio de la modernidad, en que el *homo faber et rationalis* sabrá resolver todos los problemas del futuro a fuerza de técnica y mercado. Éste es el espíritu tecnocrático, orientado hacia la megamáquina y despectivo del entorno natural en el que se mueve un hombre considerado como autosuficiente.

La segunda corriente es la que el autor denomina como «el salvajismo», según la cual la naturaleza aparece como dueña del hombre, en un biocentrismo que equipara a la humanidad con las otras especies, colocándola al servicio del desarrollo de la vida en general. Esta orientación, que tiene en Malthus y Darwin sus principales inspiradores, culmina en la llamada *deep ecology*, para la cual el objetivo central de la política ecológica ha de ser la reducción drástica de la población (humana, se entiende) para lograr la prosperidad de la vida no humana. El autor cita aquí a William Aiken, para quien «una mortalidad humana masiva sería una buena cosa. Nuestro deber es provocarla. El deber de nuestra especie frente al medio ambiente es eliminar el 90 por 100 de nuestros efectivos» (p. 26).

La tercera de estas corrientes, que es la sostenida por el autor, es la que llama «ecologismo personalista», para el cual, frente al reduccionismo humanista de la mentalidad tecnocrática y al reduccionismo de signo contrario del salvajismo de la *deep ecology*, propugna una visión del hombre como dependiente de la naturaleza y a la vez como guardián de ésta. El hombre es entitativamente superior al resto de las realidades naturales, pero su actitud hacia éstas ha de ser de respeto y sobriedad, ya que de lo contrario pondrá en peligro su propia supervivencia como especie. Ballesteros resume esta postura al proponer un nuevo imperativo categórico: «Obra de tal modo que tu nivel de consumo pueda convertirse en máxima de conducta universal, por ser compatible con condiciones de vida dignas para la presente y futuras generaciones» (p. 42).

Pasa luego el autor a desarrollar las exigencias del ecologismo personalista, la primera de las cuales es la paz entre los hombres, ya que la guerra es el principal factor de depre-

dación, y aquélla paz debe ser previa a la paz con la naturaleza. Para ello, es necesario reconocer la insuficiencia de los estados nacionales para la solución de la crisis ambiental, dada la interdependencia ecológica de la tierra. También es necesario, sostiene Ballesteros en el capítulo siguiente, reconocer los derechos humanos al medio ambiente, que no son los derechos de las rocas, las plantas y los peces, sino derechos estrictamente «humanos», llamados de la «tercera generación», que tienen por sujetos a los hombres y como objeto una conducta sobria y conservativa para con el medio ambiente. En este punto pone de relieve el autor que el principal peligro para el sistema ecológico proviene de la mentalidad economicista, que exclusiviza al mercado y somete a sus exigencias tanto al hombre como a la naturaleza.

El último capítulo contiene un breve estudio de la familia como clave del ecologismo personalista, remarcando la necesidad de superar la concepción exclusivamente patriarcal de la familia, que aplica a los hijos el concepto de propiedad, y pasar a una visión de ella que supone la igualdad de deberes entre el hombre y la mujer. Termina el libro con una extensa y cuidada bibliografía, que incluye casi todo lo que de relevancia se ha escrito sobre el tema.

Aunque a veces peca de un excesivo idealismo, sobre todo en temas como el internacionalismo y el pacifismo, el libro de Ballesteros significa un baño de sensatez en una temática llena de excesos y aun de auténticos dislates. Sobre todo, es especialmente acertada su defensa de una actitud que sea a la vez ecologista y personalista, evitando los extremos del salvajismo y de la tecnocracia. Además, se trata de un libro breve y bien escrito, lo que se agradecerá especialmente por los maltratados lectores de nuestros días, y que sirve de certera orientación en una problemática tan actual como poco clarificada.

Carlos Ignacio Massini Correas

AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE, *La sinrazón metafísica del ateísmo*. Prólogo de Stanislaus Ladusans S. I. Universidad Regiomontana-Publicaciones Paulinas S. A. México 1995. 252 páginas.

Agustín Basave Fernández del Valle —autor prolífico, rector emérito del Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad Autónoma de Nuevo León, miembro fundador de la Sociedad Mexicana de Filosofía y rector emérito de la Universidad Regiomontana—, a través de las páginas que componen la obra que nos ocupa, ofrece un análisis exhaustivo de una cuestión siempre viva, viviente y de permanente consideración filosófica o, mejor, metafísica: el ateísmo. El ateísmo —multiforme rechazo de Dios en la vida y en la cultura— llegando a ser hasta antiteísmo, es considerado un fenómeno ampliamente difundido en el mundo actual.

En su luminoso prólogo, Stanislaus Ladusans señala que el ateísmo actual, extensamente difundido y militante, invade todo negativa y pluridimensionalmente. Ante todo, el ateísmo invade hábilmente la interioridad humana para romper la relación de la creatura racional y libre con su Creador. Ésta es la dimensión «suprahumana» del ateísmo que repercute negativamente sobre las otras dimensiones, a saber: la dimensión «intrahumana», obliterando la dignidad del hombre como persona; la dimensión «interhumana», degradando las relaciones del hombre con el hombre; la dimensión «infrahumana», pervirtiendo la relación humana con las realidades terrestres (p. 13). Es el hombre un «ente te-